

Donde toda falta, sobra esperanza: Venezuela

Isabella Andreina Romandini Paris

El servicio público se parece al mar: es incierto, cromático, profundo y expectante. Exige vocación, discernimiento y, sobre todo, la convicción de que, al final del día, todo esfuerzo tiene sentido si se sostiene en la esperanza. Eso fue precisamente lo que ocurrió en Venezuela el pasado 3 de enero: un aumento significativo de la esperanza. Y digo “significativo” porque los venezolanos siempre la hemos llevado con nosotros, incluso en los momentos más adversos, apostando de manera persistente por la recuperación de la libertad.

Desde el 28 de julio de 2025 existe un antes y un después en Venezuela, ¿por qué? Porque se apostó internamente por una movilización que buscaba sentar las bases de un cambio real y tangible. Sin embargo, es importante reconocer que nunca hemos dejado de movilizarnos. Lo hicimos en 2002 y 2003, tras la crisis política del golpe de Estado y el paro petrolero; en 2007, con el cierre de RCTV y la propuesta de reforma constitucional; en 2014, tras el fracaso electoral posterior a la muerte de Chávez; en 2017, con la convocatoria a una Asamblea Nacional Constituyente sin referendo previo y elecciones regionales ampliamente cuestionadas; y en 2019, frente a una proclamación presidencial considerada ilegítima por amplios sectores. Cada uno de estos episodios refleja el malestar acumulado de millones de venezolanos que, ante la ausencia de institucionalidad y el progresivo deterioro del Estado, se vieron forzados a migrar o a resistir desde el interior del país.

Lo que diferencia la movilización del 28 de julio de 2024 de las anteriores es la expectativa de cambio. Hoy la definiría como la exteriorización profunda de la esperanza. Desde esa fecha hasta ahora, se ha realizado un trabajo inigualable por recuperar aquello que durante mucho tiempo pareció perdido: la libertad de los venezolanos.

Durante años, agotamos prácticamente todas las vías internas para propiciar una transición: protestas, guarimbas, un gobierno interino, primarias, coaliciones políticas, denuncias nacionales e internacionales y, lamentablemente, una constante exposición a la violencia. En este contexto, la actuación del gobierno de Estados Unidos, de la mano de la administración Trump, representó un ultimátum contundente al orden internacional. Se identificó a la estructura del régimen como un grupo delictivo que no solo ha causado un profundo daño a Venezuela, sino también a América Latina y al mundo, y se exigió el respeto a la voluntad de los venezolanos de impulsar un cambio de régimen. La captura de quien el oficialismo presentaba como “presidente de la República” acorraló al régimen y colocó sobre la mesa la necesidad de negociar, entendiendo que persistir por la vía de la fuerza tendría un costo demasiado alto.

¿Dónde estamos hoy? En un proceso transitorio, acompañado por Estados Unidos, con reglas del juego claras: cambios controlados en los poderes públicos, excarcelación de presos políticos y la

administración temporal de activos petroleros por parte de Estados Unidos. Estoy convencida de que estos avances continuarán de forma gradual hasta que Venezuela recupere la capacidad institucional necesaria para recibir un gobierno de transición liderado por María Corina Machado, una figura clave, ganadora del Premio Nobel de la Paz y una de las líderes más influyentes de la región. Su fortaleza ha sido una virtud transversal y poco común en la política: la integridad, entendida como coherencia entre lo que se dice y lo que se hace.

Hoy, Venezuela necesita que más de los mejores se dediquen al servicio público. El reto es enorme: reconstruir un país. Recuperar lo que durante años se deterioró profundamente, como la institucionalidad, el Estado de derecho, las garantías democráticas, el orden, la cultura ciudadana y el aprovechamiento responsable de nuestros recursos. No ha sido fácil, y nadie dijo que loería. Sin embargo, los aprendizajes acumulados son valiosos y merecen ser recordados para seguir ganando grandes y pequeñas luchas.

Hemos aprendido que, cuando nos unimos, somos capaces de impactar a mayor escala; que no contar con el medio ideal no impide alcanzar el objetivo; que el sentido del humor nos ha salvado de las peores frustraciones; que confiamos en nuestra gente y en sus capacidades; que, cuando no sabemos algo, nos reinventamos para salir adelante; que cada abrazo cuenta y se valora, sabiendo que a veces solo nos separa una llamada; y que la prevención nos enseña que un mismo problema puede tener múltiples soluciones. Y, finalmente, que la esperanza es saber esperar con fe. No importaba si el cambio llegaba en nuestra generación o en la siguiente: siempre estuvo latente en nuestros corazones. Hoy rendimos homenaje a las generaciones pasadas que apostaron por todo lo que hoy comienza a hacerse realidad.